

La otra esperanza



Jueves, 7 de julio de 1938

Se ha mostrado aquí, en repetidas ocasiones, lo insensato que es el desig-
nio de prolongar la guerra civil española, con el fin de que se convierta en una
conflagración universal. Peor hay otra esperanza, no menos absurda, que ex-
plica también esta prolongación. Según ella, se podría, prolongándose la gue-
rra, producir el derrumbamiento del enemigo.

Dos causas o dos fuerzas diferentes conducirían a tal derrumbamiento, la
primera sería el levantamiento de las «quintas columnas». Sabemos el sentido
de esa expresión imprudente, que llegó a ser horriblemente trágica. La quinta
columna es el conjunto de los resueltos partidarios, más o menos escondidos,
que cada facción conserva en el enemigo.

Una esperanza así se mostró quimérica durante dos años. Cierto, hubo, y
aún hay en todas partes «quintas columnas» porque ese fenómeno, que es
propio de toda guerra civil, se produjo más fácilmente en España, por el efecto
de la división tan extendida como profunda de las fuerzas sociales, al igual que
el resultado, a menudo caprichoso, de la delimitación inicial de las dos zonas
rivales. Se vio entonces residir en manos dictatoriales los dos grupos principa-
les del sindicalismo anarquista -si exceptuamos Barcelona- mientras que la
provincia quizás más a la derecha (probablemente más profundamente a la
derecha que Navarra misma) era, para los revolucionarios, su sitio de armas,
su pivote de maniobras y su nudo de relación con la zona central. Y sin embar-
go, ninguna inquietud, menos aún peligro, de ese jefe, para unos y para los
otros.

La ociosidad de las «quintas columnas», o su desaparición, fue el resultado
lógico de un desarme completo de los sospechosos, frente al armamento hasta
los dientes de los dirigentes de cada zona. Por lo demás, fue confirmada por
una ferocidad inalcanzable en el castigo sin piedad incluso por la simple sos-
pecha acerca de la actitud de cada uno.

Toda la eficacia de esos simpatizantes escondidos se redujo a precipitar
algunas horas la entrada de los vencedores en las ciudades, cuya caída era ya

demasiado segura; fue entonces, y solamente entonces, cuando un grupo de movilizados —más frecuentemente de la fuerza regular— prefirió presentarse a aquéllos que iban a tomar la ciudad como aliados celosos, y no como adversarios obstinados.

La experiencia de los dos primeros años es pues muy decepcionante para mantener la ilusión sobre el derrumbamiento de la retaguardia. Y hay que subrayar que se trataba entonces de periodos de entusiasmo y de fuerza de las «quintas columnas». Ahora están diezmadas, desorganizadas y destruidas, porque han sufrido pruebas más duras que las otras columnas combatientes en los campos de batalla. Aquí está precisamente el rasgo horrible u odioso de esta guerra.

Queda por examinar el segundo fundamento de la esperanza de ver derrumbarse la retaguardia. Sería el cansancio de la población civil no combatiente, menos apasionada, cuando no neutra en la lucha. Ese estado de espíritu, innegable y demasiado natural, podría favorecer un clima conveniente para mejorar las condiciones de la paz, una vez emprendidas las negociaciones, pero nada queda que esperar por ese lado. No podemos esperar resoluciones enérgicas por parte de esa gente tímida por esencia, y amenazada en su situación.

Si la prolongación de la guerra civil se les aparecía como un peligro de muerte, la revuelta se les ofrecería como la certeza de morir. Y hay siempre en esos momentos, que creemos impulsivos, de locura, una apreciación reflexiva de las suertes y de los peligros. Aquéllos que ponen allí su esperanza llevan sin embargo en sí mismos la experiencia probable de ver la población civil, neutra cuando no hostil, someterse a la agonía ralentizada de un amontonamiento sin hogares y sin pan. ¿Podríamos esperar una actitud más resuelta por parte de la gente que posee un apartamento y encuentra allí comida? ¡Y entonces! habiendo fracasado la esperanza del fin de la guerra, y los de la conflagración mundial y del derrumbamiento de la retaguardia, ¿para qué sirve la guerra?

¿Para el agotamiento de España?

Pero eso no le conviene a nadie, ni siquiera al egoísmo bien entendido de todos.